



RODOLFO OTERO

# Los paleolocos



azulejos

---

Ilustraciones de  
JUAN MANUEL TANCO



# Los paleolocos

Rodolfo Otero

ILUSTRACIÓN DE TAPA  
DE JUAN MANUEL TANCO

**Coordinadora de Literatura:** Karina Echevarría  
**Autor de secciones especiales:** Alejandro Palermo  
**Corrector:** Mariano Sanz  
**Coordinadora de Arte:** Natalia Otranto  
**Diagramación:** Ana G. Sánchez

Otero, Rodolfo  
Los Paleolocos / Rodolfo Otero ; ilustrado por Juan Manuel Tanco. - 1a ed. - Boulogne : Estrada, 2022.  
168 p. : il. ; 14 x 19 cm. - (Azulejos / Roja ; 28)

ISBN 978-950-01-2968-8

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Tanco, Juan Manuel, ilus. II. Título.  
CDD A860.9282



**Colección Azulejos - Serie Roja**

**28**

© Editorial Estrada S. A., 2022.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: [www.editorialestrada.com.ar](http://www.editorialestrada.com.ar)

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-2968-8

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



EL AUTOR  
Y LA OBRA



RODOLFO OTERO nació el 21 de diciembre de 1949, en Buenos Aires, donde sigue viviendo. Sus padres fueron un aviador y una maestra, lo que quizás explique su tendencia a volar (más que nada con la imaginación) y su preocupación por los chicos.

Es el mayor de tres hermanos y cursó la primaria y la secundaria en el Colegio del Salvador, salvo intervalos en Villa Mercedes, en San Luis y en Montevideo. Es abogado, pero dejó la profesión para dedicarse a sus tres pasiones: la literatura, el cine y la docencia. Realizó cursos sobre tecnología educativa y diseño instruccional.

Tiene publicadas las novelas *Milla Loncó* (Premio Robin Hood 1983), *La travesía* (Accésit al Premio Lazarillo 1983), *El secreto del torreón negro*, *Una de dos*, *Un viaje muy espacial*, *El camino de Santa Fe*, *El secreto de los elefantes* y *La estrella peregrina*, que fue traducida al italiano. Su cuento “El color que faltaba” apareció en el libro *Piolín de barrilete*, que reúne relatos de varios autores.

Ganó dos concursos de guiones con las versiones originales de *La travesía* y *El verano del potro*, que fue llevado al cine con las actuaciones de Héctor Alterio y China Zorrilla.

Ha dirigido cortometrajes y videos educativos, y organizó talleres de cine en varias escuelas primarias y colegios secundarios. Fue jurado en festivales internacionales de cine para chicos. Estuvo a cargo de cátedras de Guion en la Universidad del Cine y de Guion e Historia del Cine en la Escuela Profesional de Cinematografía y coordinó un curso-taller de Video en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Además, dictó cursos de guion en la Universidad de Belgrano y ha llevado a cabo talleres de guion en la Feria del Libro.

En la colección *Azulejos* se han publicado, también, sus novelas *Milla Loncó*, *El signo del sol* y *El verano del potro*.



## La obra

Tengo que confesar que el título de esta novela, *Los paleolocos*, no es una invención mía, sino un término acuñado por el Dr. José Bonaparte, la máxima autoridad de la Argentina en la fauna prehistórica. El doctor Bonaparte lo usa para designar a los miles de aficionados a la paleontología, gente que siente fascinación por los dinosaurios y suele colaborar con la investigación de los científicos en ese campo. Me permití utilizar la expresión, ampliándola un poco, para describir el entusiasmo de las dos familias de paleontólogos que protagonizan esta historia.

Creo que casi todos los chicos son un poco “paleolocos”. Yo lo fui sin ninguna duda. El punto de partida de mi atracción hacia los dinosaurios fue una memorable secuencia de la película *Fantasia*, de Walt Disney, que recreaba la era mesozoica acompañada por la música compuesta por Igor Stravinsky para el ballet *La consagración de la primavera*. Los reptiles voladores, los gigantes brontosaurios y sobre todo el combate entre un formidable tiranosaurio rex y un desdichado estegosaurio dejaron una impresión imborrable en mi imaginación cuando los vi por primera vez, a los cuatro años.

Durante buena parte de mi infancia soñé en convertirme en paleontólogo cuando creciera, desenterrando esqueletos de dinosaurios y albergando la secreta esperanza de verlos vivos alguna vez, como proponía Arthur Conan Doyle en *El mundo perdido*. Quise creer los rumores de que un aviador había divisado monstruos prehistóricos en una meseta perdida en la Amazonia peruana, o la afirmación de que las selvas de África central servían de escondite al último brontosaurio. Y no me cabía duda de que, si alguna vez aparecía la famosa criatura del Lago Ness, debería tratarse de un plesiosaurio sobreviviente, quizás tan solitario como el último saurópodo, enamorado de un faro, del cuento “La sirena”, de mi admirado Ray Bradbury. Entre mis juguetes favoritos figuraba una colección de dinosaurios que mi padre me regaló, en la que no faltaban los mencionados en compañía de triceratops, diplodocus, iguanodontes y tracodones.

La vida me llevaría luego por otros caminos y despertaría nuevas vocaciones, pero nunca perdí la nostalgia por esos reptiles descomunales que nos precedieron en el planeta. En los últimos veinte años, los reiterados

descubrimientos de fósiles en la Patagonia, entre ellos el *argentinosaurus*, el mayor dinosaurio conocido a la fecha, y el *giganotosaurus*, el mayor carnívoro, volvieron a encender mi imaginación de paleoloco.

Nuestro país es hoy un paraíso para los cazadores de restos de dinosaurios, entre los cuales hay especialistas que se han ganado el respeto de la comunidad científica internacional con sus hallazgos y sus investigaciones.

A la hora de darle un nombre a la familia que protagoniza la historia, me permití rendir un pequeño homenaje a dos de los paleontólogos argentinos más reconocidos, Rodolfo Coria y Fernando Novas: el apellido “Covas” es una combinación de los suyos.

Libros y películas como *Jurassic Park* y *Dinosaurio* contribuyeron a renovar ese interés y terminaron de alimentar la base de esta novela en la que he podido reencontrarme con esos “lagartos terribles”. Con la esperanza de que los chicos que son paleolocos se identifiquen con las aventuras de Matías, Santiago y sus hermanos, y con los sueños del chico que fui.

*A Cecilia, Hernán y Joaquín*

# Los paleolocos

Rodolfo Otero



# 1 | Un viaje accidentado

—Matías, pásame la coracoides —pidió papá.

Y yo, que soy un chico bastante obediente, se la entregué de inmediato.

Claro que ningún chico de doce años podría alzar una verdadera coracoides de titanosaurio. Se trataba de una réplica a escala para la maqueta que... ¿Cómo? Ah, quieren saber qué cosa es una cora-no-sé-cuánto de no-sé-qué-saurio. Bueno, les cuento: la coracoides es una parte de un hueso del pecho de un titanosaurio, un género de dinosaurios saurópodos que vivieron en la Patagonia en el período cretácico de la era mesozoica, hace como cien millones de años.

Mientras papá y yo terminábamos de armar la maqueta del esqueleto, mamá y mi hermana Ángeles (Angie para todo el mundo, aunque ella lo escribe como se pronuncia: Anyi) se dedicaban a pintar un diorama<sup>1</sup> que nos había encargado el director del Museo de Ciencias Naturales.

Es que somos una familia de paleolocos. Todos locos por la Paleontología. Nos encanta estudiar los animales

---

<sup>1</sup> Dispositivo hecho con lienzos transparentes pintados en las dos caras, de modo que, según desde dónde se iluminen, el espectador ve cosas distintas.

prehistóricos en general y los dinosaurios en particular.

Mi abuela materna dice que papá y mamá son unos chicos grandes que nunca terminaron de crecer. Y quizás tenga razón... pero Anyi y yo no los cambiaríamos por padres más normales aunque vivamos rodeados de huesos viejos (muuuuy viejos) y con un living que parece una sala de museo desordenada. Eso sin mencionar que nuestras vacaciones se parecen poco a las de una familia porteña tipo, que va a pasar unos días al mar o a las sierras de Córdoba o manda a los chicos a una colonia de vacaciones. No señor, el verano de la familia Covas no es verano si no nos vamos un par de semanas, por lo menos, a la Patagonia, a buscar fósiles entre el polvo que levanta un viento incesante bajo un sol que achicharra.

Y bueno, a nosotros nos gusta así.

Pero este verano, en plena crisis económica y sin un peso partido por la mitad, como dice papá, nos habíamos tenido que quedar en la humedad de Buenos Aires, terminando algunos trabajitos para la sala de paleontología del museo. No es que Anyi y yo nos pasemos la vida trabajando; pero, a la vuelta del club adonde vamos a la pileta y jugamos al fútbol (yo) o al vóley (los dos), no encontramos nada mejor que darles una mano a nuestros papis. Y eso, a veces, incluye navegar por la Internet para buscar información, o contestar e-mails de otros paleolocos que andan por el mundo. Y otras, como esta, pegar réplicas de huesos y pintar una escena del cretácico. Es que mamá dibuja realmente bien (no es porque sea mi mamá) y Anyi sale a ella.

A propósito de Anyi, cumplió diez años y es bastante tolerable como hermana menor. Tiene muy buen carácter; tan bueno, que incomodarla da lástima, enojarla cuesta y entristecerla duele... así que trato de no molestarla demasiado. También sale a mamá en el pelo largo y negro y los ojos castaños de mirada profunda. Yo, en cambio, me parezco a papá, de quien heredé los ojos color del tiempo, el pelo castaño algo peleado con el peine y un astigmatismo que a veces nos obliga a usar anteojos, cosa que los dos odiamos cordialmente. Aunque Anyi dice que con anteojos me parezco a Harry Potter.

Ahí estábamos, un jueves lluvioso, muy concentrados en nuestra tarea, cuando sonó el teléfono. Papá, en pleno ajuste de las vértebras sacroilíacas del titanosaurio, me pidió:

—Matías, ¿podés atender?

Ya les dije que soy un chico bastante obediente. Así que me limpié las manos con un trapo, para no quedar pegado al tubo, y fui.

—¿Hola?

—¿Mati? Habla Guille.

—¡¿Tío Guille?!

Era una sorpresa. Tío Guille vive en la provincia del Neuquén.

—¿Qué hacés, sobrino? Pasame con tu viejo.

Cuando papá agarró el teléfono, mamá, Anyi y yo esperamos conteniendo el aliento. Es que tío Guille también es... paleoloco, claro.

La cara de papá se fue iluminando a medida que decía:  
—¿Sí?... ¿En serio?... ¡No te puedo creer! ¿Y dónde...? Claro, sí... ¡Genial, che! ... Sí, sí, mañana mismo... Cariños a Graciela y los chicos, un abrazo, chau.

Papá colgó.

—¿Y? —preguntó mamá por los tres.

—Encontró otro yacimiento, y este es de los buenos. Quiere que vayamos a ayudarlo.

—¡Bieeen! —gritamos Anyi y yo, mientras mamá abrazaba a papá.

Nos íbamos a desenterrar dinosaurios.

Y no solamente eso... Pero entonces no teníamos idea. Así que esa misma tarde hicimos las valijas y, a la mañana siguiente, tempranito, cargamos la cuatro por cuatro con todo lo necesario: equipo de campamento, palas, pinceles, pinzas de dentista, papel higiénico, cinta adhesiva, alambre y yeso para los bochones. Y ¡al Neuquén se ha dicho! Ah, sí, después les cuento qué es un bochón. No, no es un tipo muy inteligente.

En fin, para nosotros, este viaje era lo más grande, porque tío Guille es todavía más paleoloco que papá. Dos años menor que él, un hombre simpático, siempre de buen humor, de mandíbula cuadrada como un héroe de película norteamericana, digamos Kurt Russell o Jeff Bridges. Por esas cosas de la vida (la facultad y las salidas juntos), el tío Guille terminó casado con la hermana menor de mamá, tía Graciela. Ella es maestra y, claro, paleontóloga aficionada, en los ratos libres.

Guille y Graciela tienen tres hijos. Santi(ago) es de mi edad, doce. Rubio, igualito a su papá cuando era chico. Si no encuentra aventuras que imaginar, se las arregla para provocar alguna. No hace falta agregar que es mi mejor amigo. Sofía es la del medio: once años, tan parecida a su mamá como Santi al papá: pelo oscuro, ojos muy claritos y mucha personalidad. A veces se pone un poco insoportable, porque siempre quiere tener razón... y lo malo es que generalmente la tiene. El menor es Nico(lás): diez años, como Anyi, y una cara que es una mezcla de las de los padres: de la nariz para arriba, sale a la mamá, y, de la nariz para abajo, al papá. Es travieso y de sonrisa fácil, y no soporta que Santi y yo lo llamemos “enano”. No es que nosotros seamos muy altos; pero, al final, al lado de nosotros, Nico es un enano.

Hace un año, tío Guille mudó toda la familia a un pueblo del Neuquén, para hacerse cargo del museo local, uno de los pocos que tiene huesos de argentinosaurio, el saurópodo más grande que haya existido, y de gigantosaurio, el mayor terápodo que se encontró.

Sí, sí, está bien. No quiero hacerme el sabihondo; pero hay que llamar a las cosas por su nombre. Para los no iniciados: los saurópodos son esos dinosaurios de cuello y cola larguísimos, como el apatosaurio (antes le decían brontosaurio), el diplodocus o los braquiosaurios que aparecen en *Jurassic Park*. Los seres más grandes que habitaron la Tierra. Y los terápodos son esos terribles dinosaurios carnívoros, como el famoso tiranosaurio rex. Parece que nuestro

gigantosaurio era uno o dos metros más grande que el mismísimo T-rex.

Y bien, desde que nuestros tíos y nuestros primos se radicaron allá, nos vemos muy de vez en cuando (en vacaciones o cuando Guille trae un nuevo fósil a Buenos Aires). Antes solíamos vernos todas las semanas y los chicos íbamos a la misma escuela. Por eso los extrañamos un montón y encontrarnos es una fiesta.

Una fiesta con más de mil doscientos kilómetros de por medio. Hay que cruzar toda la provincia de Buenos Aires por la ruta 5, pasando frente a la estatua de Manuelita, en Pehuajó, y por Trenque Lauquen, donde también tenemos conocidos. ¿Sabían que es la única ciudad del mundo en la que todas las calles son avenidas? Eso dicen los trenquelauquenches, por lo menos. Y, además, la llaman la “ciudad ecológica”. Tienen tal manía por la limpieza, que no se ve un papelito tirado en ninguna vereda.

Esta vez no paramos hasta llegar a La Pampa. Allí hicimos un alto para almorzar unos sándwiches de milanesa (especialidad de mamá), que devoramos con un apetito de tiranosaurios.

Seguimos viaje cantando. Primero, un repertorio de María Elena Walsh: “Manuelita”, por supuesto, “El señor Juan Sebastián”, “El reino del revés”, “Osías”, y, ahí, por asociación de ideas, seguimos con “El oso”, “Canción para mi muerte”, “Solo le pido a Dios”, “Y dale alegría a mi corazón”, y desembocamos en un popurrí de Disney “Chim Chimeneas”, “Bíbidi

Bábidi Bu”, “Bajo del mar”, “Hakuna Matata”, el tema del Zorro y “Pecos Bill”. No bien entonamos “Pecos Bill perdió la huella en el desierto”... ¡Pum!

Una goma pinchada. La trasera izquierda.

Por suerte, papá es muy previsor, como él dice, así que siempre lleva, no una, sino dos cubiertas de repuesto. Levantó el pie del acelerador, estacionó la cuatro por cuatro en la banquina y nos bajamos a cambiar la goma con mi ayuda y la del gato, la ajustamos en un periquete (¿alguien sabe cuántos segundos es un periquete?).

Reanudamos el viaje de muy buen humor. A medida que nos internábamos en La Pampa, el paisaje desértico salpicado de chañares, jarillas y cardos rusos nos puso más telúricos y atacamos una selección de temas folklóricos. Fuimos de la “Zamba de mi esperanza” a la del grillo, “La López Pezreya”, “El tren del cielo”, “Alfonsina y el mar” y “Luna tucumana”. Cuando llegamos al verso “¿Quién sabe viditay por dónde andaré?”... ¡Pum!

Otra vez el neumático trasero izquierdo.

Papá volvió a levantar el pie del acelerador. Con un control admirable, depositó la camioneta en la banquina y otra vez nos bajamos. Esta vez, la cambiamos en silencio y más rápido que los mecánicos del equipo Ferrari.

Papá se quitó la grasa de las manos con una franela, que luego me pasó, y me dio una palmada suave en la mejilla.

—Bueno, socio, por hoy ya cubrimos la cuota de accidentes.

Los dos subimos nuevamente al coche.

—Hasta el Neuquén no paramos —anunció papá, derrochando confianza.

—No cantes victoria —aconsejó mamá.

—Las estadísticas están a nuestro favor —sentenció él—. Nunca más de dos percances por viaje.

Mamá y yo lo miramos con escepticismo, pero no dijimos nada.

Se nos habían pasado las ganas de cantar. Además, mamá y Anyi tenían un poco de sueño y se echaron una siestita. Papá puso la radio a bajo volumen, una emisora de FM con música, para no empeorar las cosas oyendo noticias.

Y así proseguimos un buen trecho por una recta interminable. Yo también empecé a cabecear. De repente...

¡Pum!

Sí. Otra vez. Del mismo lado.

Papá separó el pie del acelerador y, con una maniobra impecable, estacionó en la banquina. Apoyó las manos en el volante y dijo algo que, si lo llego a repetir, me lavan la boca con jabón. Sin levantar la voz.

Mamá y Anyi se despertaron.

—¿Qué pasó? —preguntaron las dos a la vez.

La cara de papá era respuesta suficiente; pero yo no pude evitar el comentario:

—Fallaron las estadísticas.

Y mamá soltó una carcajada tan contagiosa, que los cuatro terminamos riendo hasta las lágrimas. Incluso papá.

—Y bueno... —dijo filosóficamente, cuando recobró el aliento—. No es un mal lugar para acampar.

Hacía unas dos horas que no nos cruzábamos con un solo vehículo de ninguna clase.

Pero no hizo falta armar el campamento. Unos quince minutos más tarde, mientras merendábamos mate cocido y galletitas, de la nada surgió una pick-up rumbo al sur. Se trataba de un chacarero y su hijo, un chico de unos quince años, que nos remolcaron hasta la estación de servicio más cercana, que estaba como a unos cien kilómetros. Sí, todavía queda gente gaucha, como dice mi abuelo.

Tuvimos que pernoctar en el motel del Automóvil Club.



<b>El autor y la obra</b>	<b>3</b>
Biografía	5
La obra	6
<b>Los paleolocos</b>	<b>9</b>
1. Un viaje accidentado	11
2. Una familia de dinosaurios	21
3. La sierra del Diablo	29
4. Nuevos amigos, viejos problemas	37
5. Un hallazgo inesperado	45
6. Regreso a la cueva	55
7. La puerta	63
8. El valle cretácico	71
9. Nacimientos	83
10. Idas y vueltas	93
11. Un secreto difícil de guardar	103
12. La aventura llama	115
13. Entre dinosaurios	127
14. Enfrentamientos	137
15. Conclusiones	145

<b>Actividades</b>	<b>155</b>
Actividades de comprensión de lectura	156
Actividades de producción de escritura	158
Actividades de relación con otras áreas	160



# Títulos de la colección

## Serie Roja

1. EDGAR ALLAN POE. *EL ESCARABAJO DE ORO*
2. OSCAR WILDE. *EL CRIMEN DE LORD ARTHUR SAVILE*
3. ROBERT LOUIS STEVENSON. *EL EXTRAÑO CASO DEL DOCTOR JEKYLL Y EL SEÑOR HYDE*
6. MARÍA BRANDÁN ARÁOZ. *ENERO EN MAR DEL SUR*
7. OSCAR WILDE. *EL FANTASMA DE CANTERVILLE*
9. ARTHUR CONAN DOYLE. *EL SABUESO DE LOS BASKERVILLE*
10. RODOLFO OTERO. *MILLA LONCÓ*
11. ARTHUR CONAN DOYLE. *ESTUDIO EN ROJO*
14. MARÍA BRANDÁN ARÁOZ. *REFUGIO PELIGROSO*
16. EMILIO SALGARI. *SANDOKÁN*
17. POE, BRADBURY, CORTÁZAR Y OTROS AUTORES. *CUENTOS EXTRAÑOS Y FANTÁSTICOS*
19. WASHINGTON IRVING. *EL JINETE SIN CABEZA. LA LEYENDA DE SLEEPY HOLLOW*
23. GREGORIO DE LAFERRERE. *¡JETTATORE!*
24. MOLIÈRE. *EL AVARO*
25. HOMERO. *ODISEA (SELECCIÓN DE PASAJES)*
26. HOMERO. *ILÍADA (SELECCIÓN DE PASAJES)*
27. RODOLFO OTERO. *EL VERANO DEL POTRO*
28. RODOLFO OTERO. *LOS PALEOLOCOS*
29. ARLT, WALSH, PIGLIA Y OTROS AUTORES. *CUENTOS POLICIALES ARGENTINOS*
30. POE, BIERCE, LOVECRAFT Y OTROS AUTORES. *CUENTOS DE TERROR*
31. WILDE, QUIROGA, CHEJOV Y OTROS AUTORES. *CUENTOS (i)*
32. ANÓNIMO. *LAZARILLO DE TORMES. Y OTROS TEXTOS DEL SIGLO DE ORO ESPAÑOL*
33. JULIÁN MARTÍNEZ VÁZQUEZ. *LA CASA DE ÁTREO. LOS GRANDES RELATOS DE LA MITOLOGÍA GRIEGA (i)*
34. BORGES, CORTÁZAR, GARCÍA MÁRQUEZ Y OTROS AUTORES. *CUENTOS ARGENTINOS Y LATINOAMERICANOS*
35. JEAN RACINE. *FEDRA*
36. ASIMOV, DICK, FONTANARROSA Y OTROS AUTORES. *CUENTOS DE CIENCIA FICCIÓN*
37. ESQUILO. *AGAMENÓN. Y OTROS TEXTOS RELACIONADOS CON EL MITO*
39. MAUPASSANT, BUZZATI, MANSFIELD Y OTROS AUTORES. *CUENTOS (ii)*
40. MARÍA BRANDÁN ARÁOZ. *CUATRO PRIMOS EN LA PLAYA*
41. SÓFOCLES. *EDIPO REY*. SHAKESPEARE. *HAMLET*
42. ARIEL PUYELLI. *LA MALDICIÓN DEL CHENQUE*
44. MARÍA BRANDÁN ARÁOZ. *SECRETÍSIMA VIRTUAL*
45. FRANCO VACCARINI. *ALGO MÁS QUE UN TESORO*
46. RODOLFO OTERO. *EL SIGNO DEL SOL I*

47. BRAM STOKER. *DRÁCULA*
48. EMILY BRONTE. *CUMBRES BORRASCOSAS*
49. R. L. STEVENSON. *LA ISLA DEL TESORO*
50. A. DAVID NÉEL, CH. DARWIN, M. POLO, A. PIGAFETTA Y OTROS. *RELATOS DE VIAJEROS*
51. JULIÁN MARTÍNEZ VÁZQUEZ. *EL VIAJE DE LOS ARGONAUTAS*
52. ARIEL PUYELLI. *EL CULTRÚN DE PLATA*
53. H. P. LOVECRAFT. *EL QUE SUSURRA EN LA OSCURIDAD*
54. EMILIO SAAD. *EL FAMILIAR*
55. RODOLFO OTERO. *EL SIGNO DEL SOL II*
56. FRANCO VACCARINI. *UN MISTERIO PASAJERO*
57. CARLOS MARIANIDIS. *PROHIBIDO SOÑAR*
58. ARIEL PUYELLI. *LA FLOR DE HIELO*
59. VICTORIA BAYONA. *DALILA Y LOS TRITAURUS*
60. LYDIA CARRERAS. *ATRAPADOS POR EL HIELO*
61. MARÍA LAURA DEDÉ. *EL COMEDOR DE LAS TINIEBLAS*
62. ARIEL PUYELLI. *LA NOVELA DE CELESTE O EL MISTERIO DE LAURA*
63. ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY. *EL PRINCIPITO*
64. MARÍA BRANDÁN ARÁOZ. *SECRETÍSIMA REAL*
65. PATRICIA GUTIÉRREZ MÉNDEZ. *EL ESTOQUE DE MANGO DE PLATA*
66. MARÍA LAURA DEDÉ. *SIETE MUERTES*
67. PATRICIA GUTIÉRREZ MÉNDEZ. *EL HOMBRE QUE CUSTODIÓ EL NORTE*
68. PATRICIA GUTIÉRREZ MÉNDEZ. *YO UNA VEZ FUI GRANADERO*
69. FRANCO VACCARINI. *UN ARTISTA SOBRENATURAL*
70. MARÍA BRANDÁN ARÁOZ. *EL PLAN DE GABRIEL*
71. MARÍA EUGENIA ARIZCUREN. *CURRÚ LEUVÚ*
72. L. BODOC, M. MÉNDEZ, P. DE SANTIS, F. VACCARINI, L. ESCUDERO, N. HUIDOBRO, M. AVERBACH.  
*CUENTOS ARGENTINOS PARA JÓVENES*
73. CECILIA PISOS. *POR FIN, LA MAGIA*
74. LUCÍA CHEVALIER. *EL CUBO MÁGICO*
75. PATRICIA GUTIÉRREZ MÉNDEZ. *CRÓNICA DE LA RESISTENCIA*
76. ELIZABETH BENGTTSSON. *GEOMETRÍA DE LA MANZANA*
77. LUCIANO SARACINO. *LA GRACIOSA*



# Los paleolocos

Rodolfo Otero

Los paleontólogos se hacen muchas preguntas acerca de los dinosaurios. Los restos que se encuentran en los yacimientos no son suficientes para resolver estos enigmas. Pero dos familias de paleontólogos realizarán el viaje más increíble de sus vidas y, al regresar, traerán las respuestas a esas preguntas.

Cód. EPB5000003

ISBN 978-950-01-2968-8



9 789500 129688 >



macmillan  
education



estrada

Seguimos haciendo historia